

Buenos tiempos

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En cubierta: *Pequeño bote de remos en la playa*, fotografía

© Sergey Koleshnikov / Dreamstime.com

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Victoria González Torralba, 2023

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19419-88-0

Depósito legal: M-44-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Victoria González Torralba

BUENOS TIEMPOS

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A Diego, por creer que sí

Nota de la autora

El escenario recreado en esta novela no es real. Aunque he tomado como inspiración un paisaje concreto, en ningún caso ha sido mi intención retratarlo. Mi propósito ha sido reflejar la atmósfera de una localidad de la costa mediterránea en la década de los setenta del siglo pasado.

Los personajes que aparecen en la novela son fruto de mi imaginación y no tienen correspondencia con ninguno de carne y hueso. Todos, menos uno.

Aquellos fueron buenos tiempos, aunque entonces
no lo sabía.

Reconocemos la unidad de medida cuando
ya es demasiado tarde.

Nada es mejor que lo irrecuperable, nada más genuino
que lo que fuimos. Sí, aquellos fueron buenos tiempos,
aunque me ocurrieran las peores cosas.

Capítulo 1

*Vivimos dormidos hasta que algo nos arranca
del sueño.*

La arena húmeda desprendía un tenue aroma a algas. Con el cuerpo entumecido, avancé por la playa como una sonámbula. El sol aún no asomaba por la línea del horizonte. Juan Sil, algo más adelantado, caminaba con decisión. Llevaba a cuestas los aparejos de pesca, la nevera con los cebos y un mal humor endémico. Era un hombre enérgico, incluso a aquellas horas intempestivas.

Lo contemplé con ojos adormilados y pensé que, aunque coincidiéramos en un mismo espacio, habitábamos dimensiones diferentes.

—Espabila, que al final saldremos los últimos.

Su voz sonó grave, rasposa.

Miré alrededor. No vi a nadie, ni en la playa ni adentrándose en el mar. Estábamos solos. Seríamos los primeros en salir, como siempre.

Nos detuvimos junto a la barca, que descansaba boca abajo junto a otras de tamaño similar.

Confundirse de embarcación resultaba imposible. La de Sil era roja, de un rojo chillón que te estallaba en la retina. Las sillas de su cantina también eran de ese color, así como la puerta que daba al almacén y la verja del jardín.

La explicación a tanta exaltación cromática no respondía a una sensibilidad especial, sino a una prosaica realidad. En

el pasado alguien le había saldado una deuda pagándole con botes de pintura roja. En la vida de Sil las cosas funcionaban así. La relación causa-efecto era una línea recta de trazo firme.

Con más habilidad que fuerza, dimos la vuelta a la embarcación y depositamos en su interior los utensilios de pesca y el calzado del que nos acabábamos de desprender.

Los zuecos de Sil resonaron al golpear contra las tablas. Constituían en él un signo distintivo. Le encantaba arrastrar los talones al caminar, dejando que la suela de madera raspara el suelo, igual que un fantasma tirando de sus cadenas.

Algunas personas se parapetan detrás de gestos innecesarios. Se frotan las manos para aliviar un frío que no sienten, se rascan la cabeza fingiendo un picor que no padecen o miran con empeño el reloj sin importarles qué hora es. Simulan una necesidad que no existe. Sil campaneaba levemente las caderas al andar. Ninguna tara física justificaba ese movimiento. En su juventud se había enrolado en un barco mercante y él atribuía a aquella época el origen de su peculiaridad.

—El mar te recuerda constantemente que no es fácil mantenerse en pie. En la tierra es bueno seguir recordándolo —afirmaba socarrón cuando le afeaban los andares.

Yo tenía el convencimiento de que renqueaba por dejadez, como si con esa laxitud quisiera manifestarle al mundo su descreimiento. En todo caso, aceptaba aquella y sus muchas otras rarezas con naturalidad, del mismo modo que asumía sin inmutarme su mala reputación.

Sobre él se rumoreaba que en el pasado había ejercido toda suerte de oscuros oficios y que como prestamista, actividad que desempeñaba con esmero y codicia, imponía severas condiciones. Sabía todo eso, como también sabía que conmigo siempre se había portado bien.

Arrastramos la barca hasta la orilla valiéndonos de unos rodillos.

Me quité la camiseta y los pantalones recortados. La humedad del amanecer se me adhirió a la piel.

Agradecí la penumbra. Mi cuerpo me parecía un catálogo de defectos, sobre todo si lo comparaba con el de las turistas extranjeras que, con la llegada del buen tiempo, invadían la costa. Esas jóvenes voluptuosas, de pelo rubio y ojos descaradamente azules me hacían sentir culpable, como si mi presencia deslustrara el paisaje. Una emoción similar me embargaba cuando, a finales de junio, las veraneantes procedentes de Barcelona se instalaban en los flamantes chalés. Las muchachas de esas familias poseían un aura especial. Caminaban con aire despreocupado, dejando a su paso un aroma a colonia y la estela colorista de sus prendas, muy alejadas de las que yo debía resignarme a vestir.

Al coincidir en la playa, el paseo o en los apartamentos que ellas disfrutaban y yo limpiaba, me sentía pequeña e insegura, aplastada por el peso del aplomo que da el dinero.

Observé con disgusto mis caderas y mis piernas, demasiado rotundas. Intenté consolarme recordando la finura de mi talle, mis ojos almendrados y el gracioso hoyuelo que partía en dos mi barbilla. Ese era el escueto inventario de rasgos de los que me sentía orgullosa.

El resto lo consideraba vulgar.

De niña nadie había señalado mi belleza, ni siquiera como muestra de afecto. Llegada la edad de considerar la apariencia, no era capaz de esgrimir argumentos para rebatir esa ausencia de elogios.

Me sujeté el pelo con una goma para evitar que la brisa lo arremolinara. La coleta no me favorecía, pero me daba igual. Sil era el único testigo y él tenía peor pinta que yo.

Exhibía sin pudor un bañador de tiempos remotos.

Contemplé sus piernas robustas, excesivamente cortas y algo arqueadas, la curvatura de su abdomen, los hombros cubiertos de un vello oscuro, sus bíceps poderosos, pero deslucidos por la flaccidez de la piel que los envolvía, y me pregunté cómo podía aquel hombre, de cuyas capacidades donjuanescas se contaban historias al filo de la leyenda, tener tanto éxito con las mujeres.

La respuesta estaba en la fuerza de su fisonomía. Las cejas pobladas y la cuadratura de la mandíbula le conferían un aire agreste, no carente de atractivo. Sobre todo, si te detenías en sus ojos. Eran negros, como su mirada.

Ignoraba su edad, pero sumaba años suficientes como para prestarle más atención a los recuerdos que a los sueños; a pesar de ello, sospechaba que por mucho que viviera nunca le parecería bastante. Algo en su interior se agitaba inquieto, como una fiera enjaulada.

Las normas más elementales de la prudencia aconsejaban no enojarle o contrariarle. Sus brotes de mal humor no resultaban agradables. No vociferaba ni daba puñetazos en la mesa. Ese no era su estilo. Él adoptaba actitudes de apariencia más inofensiva, aunque más letales. Le bastaba clavar sus pupilas en las tuyas para dejarte paralizado, causándote el mismo efecto que un veneno inyectado en la yugular.

No consideraba esta particularidad un defecto, más bien una muestra de autenticidad, incómoda pero genuina. Me resultaba más inquietante la oscuridad que en ocasiones brotaba de sus silencios. En ese aspecto, Sil era como el mar, de naturaleza cambiante y profundidades insondables.

Metimos el bote en el agua y saltamos dentro.

Nuestras siluetas aún peleaban con las últimas sombras.

Una vez sentados en la bancada, colocamos los remos en las chumaceras y nos pusimos en marcha, Sil bogando y yo sujetando el timón.

El suave tableteo de las olas acariciando la proa tenía un efecto sedante.

Permanecimos en silencio.

Poco a poco, las construcciones que bordeaban la playa se fueron achicando.

Los primeros rayos de sol, que ya se desperezaban, chocaban contra las fachadas encaladas, proyectando una luz blanca y limpia.

A lo lejos, asomaban viñedos y olivares que, bajo el tímido

manto de la mañana, adquirirían la consistencia de una pintura al óleo. Dispersas en el lienzo, como brochazos caprichosos, se distinguían masías y florecientes chalés. Las primeras, elegantes testigos de un mundo condenado a desaparecer, y los segundos, sello distintivo de un progreso devorador.

La gente prosperaba, se atrevía a tener sueños, a pagarlos letra a letra y, sin darse cuenta, convertían sus deseos en realidades mediocres.

Más allá, las vías del tren subrayaban el paisaje.

Aspiré el aire marino y la sensación de letargo que hinchaba mis párpados empezó a desvanecerse.

El día que despuntaba tal vez valiera la pena.

Fijé mi atención en el campanario de la ermita, una iglesia del siglo XI, y en las tejas anaranjadas de la Torre del Arzobispo, una construcción defensiva alzada en el siglo XVII para proteger a la población de los ataques piratas. Cuando ambas se juntaban en nuestra perspectiva, nos deteníamos. Era la referencia que fijaba el fin de trayecto.

Sil echó el ancla y empezamos a cebar los anzuelos.

Le gustaba emplear varios tipos de gusanos. Las titas eran las mejores para pescar doradas, abundantes en esas aguas, aunque también capturábamos lubinas, sargos, raspallones, doncellas y serranos.

Yo me limitaba a pasarle los tarros intentando no prestar atención a su interior. Sentía compasión por aquellos animales cuyo destino los condenaba a ser atravesados por un anzuelo. Los amparaba el desconocimiento, no saber qué les esperaba. No eran tan distintos a nosotros.

Sil no podía considerarse un profesional, aunque tenía destreza. Llevaba muchos años saliendo al mar.

Solía usar caña corta, pero lo que más le gustaba era pescar con volantín. El método más auténtico, afirmaba con determinación cuando me instruía.

La técnica consistía en un sedal con un plomo en su extremo y diversos anzuelos cebados dispuestos por encima de él.

En apariencia resultaba sencillo, pero para que el hilo no se te acabara enredando se requería práctica.

La primera vez que mi mano se agitó impulsada por la agonía de la presa descubrí en mí una excitación inesperada. Fue una sensación inquietante, un gozo bruto y primitivo del que no quise sentirme responsable. Aquel día Sil me miró y sonrió, como si fuéramos cómplices en una aventura secreta.

Con las piezas capturadas preparábamos platos que servíamos a los clientes de la cantina. En nuestro repertorio, las recetas más habituales eran el pulpo con sofrito marinero, el arroz caldoso con sepia, las patatas con *suquet*, frituras diversas y algún que otro buñuelo de aprovechamiento con los restos que habían quedado por despachar.

A mí no me entusiasmaba pescar, me parecía un juego en el que el tramposo gana y el inocente pierde. Como concepto, me resultaba muy poco edificante. Lo que me gustaba era ir en barca, mecirme con el balanceo de las olas y aspirar el aliento que estas rescataban de remotas profundidades.

A esas horas el mar todavía se mostraba como una masa opaca, ignota e inquietante. Hasta que la luz no incidía sobre él con mayor verticalidad, no revelaba su fondo de arena ondulada. El efecto en mí era más o menos el mismo. Necesitaba que el sol calentara mi piel para desprenderme de las últimas brumas del sueño.

La belleza de la playa, observada desde aquella distancia, me proporcionaba una sensación de alivio, aligeró el peso de mi realidad.

Mi vida no había sido fácil. Estaba llena de descosidos que se habían solapado con desafortunados remiendos.

Perdí a mis padres siendo pequeña. Primero a él, luego a ella. De él no guardaba ningún recuerdo. No podía ser de otra manera. Se evaporó al poco de nacer yo. Mi madre, una mujer de belleza discreta, pero de dulzura embriagadora, había

tenido la desgracia de enamorarse del señorito para el que trabajaba.

Al aparecer en escena, me había convertido en una carga que no estaba dispuesto a asumir, así que nos quedamos la una con la otra, sumando nuestras soledades.

Mi madre nunca me habló de él. No tuvo muchas oportunidades de hacerlo. Murió pocos años después, cuando yo apenas contaba cinco años.

El recuerdo de mi padre era solo una ausencia, neutra y plana. El de mi madre, en cambio, me provocaba un doloroso hormigueo que yo comparaba con el que dicen sentir los que han perdido una extremidad.

Cuando ella desapareció, todo a mi alrededor se hundió. Me quedé atrapada en una isla rodeada de acantilados. Y en cierta manera, allí continuaba.

Mis tíos se hicieron cargo de mí. La hermana de mi madre no tenía nada que ver con la mujer risueña e imaginativa que me había traído al mundo. Tenía un carácter seco, un desapego natural hacia lo que la rodeaba y un fondo de amargura que se manifestaba en la línea descendente de sus labios. Se había casado con un hombre adusto que cubría sus inseguridades con un deje autoritario.

No habían tenido hijos. Pese a eso, mi incorporación al núcleo familiar no provocó en ellos ni un ápice de entusiasmo.

Mi tío cultivaba con desinterés un pedazo de tierra que era la base de nuestro sustento. Desde hacía algunos años, completaba el jornal empleándose por horas como albañil. Mi tía se encargaba de las tareas del hogar, carga que yo le aliviaba, ayudaba en el campo y vendía en el mercado parte de la cosecha.

Ambos desconocían no ya el ímpetu de la pasión, sino el sosiego que proporciona el cariño. Entre ellos nunca hubo amor, tan solo el común propósito de acatar con mansedumbre las reglas del juego. Eran de esa clase de individuos para los que la realidad no es un punto de partida, sino el escenario de una rendición, una jaula cuyos límites verificar a diario.

En el día a día, procurábamos mantenernos alejados los unos de los otros, sin aflojar ni tensar demasiado el hilo de desafección que nos mantenía atados. Intuíamos que esa era la mejor forma de conjugar nuestras vidas sin entorpecernos.

A la escuela había ido lo imprescindible. No se me daba mal, pero convenía colaborar en la economía familiar. Una mujer no necesita estudios para encontrar marido, dijo mi tía cuando mostré mi interés por compaginar el trabajo con la academia. Los libros siempre acaban siendo un estorbo, corroboró mi tío.

Estaba todo dicho.

Al concluir el último curso, dieron voces aquí y allá para colocarme. No tardaron en salirme casas donde ir a limpiar. La portera de un edificio de apartamentos se convirtió en mi agencia laboral. En la mía y en la de tantas otras. Cualquiera que necesitara la ayuda de un par de manos acudía a Encarna y ella, con gran diligencia, destinaba a cada demandante la candidata más adecuada.

Así era como había empezado a trabajar para Sil.

Cuando le comunicqué a mi tío esa posibilidad no le hizo ninguna gracia.

—¿Y no hay mujeres más experimentadas que tú para trabajar en la cantina?

—Cobrando lo que yo cobro, no.

Me escrutó con detenimiento, buscando en mí un asomo de rebeldía que no encontré.

Mi respuesta no había sido mordaz, solo sincera.

Apuró el vaso del que estaba bebiendo y lo depositó en la mesa con un golpe seco. Fue toda su respuesta.

Al día siguiente él mismo me acompañó al que iba a ser mi nuevo lugar de trabajo.

—Aquí tienes a Laura —le espetó a Sil mientras yo estudiaba el espacio.

Era un establecimiento deslucido, con aire marinero, punto de encuentro de parroquianos que se reunían para beber, charlar y observarse.